

La isla María madre

Patricia Gola

Verónica Macías tiene 29 años y lleva cerca de diez dedicándose a la fotografía. A partir 1993, inició un trabajo de documentación sobre la vida en las Islas Marías (situadas en el Pacífico, frente a las costas de Nayarit), donde en 1905 el entonces presidente de México, el general Porfirio Díaz, estableció una colonia penal, singular forma del encierro en el que conviven presos y familiares. Actualmente trabaja en un proyecto sobre niños autistas, otra de las maneras del aislamiento.

Todo un año le llevó a Verónica Macías conseguir un permiso de Gobernación para llevar a cabo su proyecto de fotografiar la vida en la Isla. El documento la autorizaba a viajar cuatro veces y permanecer de tres a cuatro semanas.

Para llegar a este paraje irreal, casi utópico, una parte del puerto de Mazatlán en un barco de carga, donde cerca de un centenar de personas viaja cada jueves sobre cubierta. El barco sale por la tarde y son doce las horas que tarda en llegar al muelle, donde todos los que vienen del “continente” (que es como los presos y sus familias se refieren a México) pasan por una estricta revisión. Los pasajeros a bordo son parientes, visitas o simples trabajadores que van a la Isla con algún encargo específico.

Verónica se sintió atraída por la Isla y por el deseo de registrar las huellas visibles de ese estado de aislamiento, esa sensación de no pertenencia, ese exilio al que la Isla (toda isla, pero ésta entre todas) somete. La idea le vino de un amigo titiritero que había viajado para dar talleres a los hijos de los presos y había llegado contando un sinnúmero de historias. Verónica pensó que quizá sería posible poner esas historias en imágenes.

La desconfianza de los presos fue grande. El hecho de que llegara alguien del “continente” a tomar fotografías era para ellos un nuevo dispositivo de control. “Yo era como una maga”, relata Verónica. “Sacaba la cámara y todos desaparecían”. La dificultad era aún mayor con las mujeres. Ellas se sienten

permanentemente acosadas, y lo están. En números aproximados viven en ese pedazo de tierra 2,000 hombres, 40 mujeres y una cantidad imprecisa de niños, muchos de los cuales jamás han pisado “el continente”. Para ellos, como para sus padres, el mundo comienza y termina en los márgenes.

Fue el *Guama*, personaje a un tiempo respetado y temido de la Isla, el que le sirvió de guía y el que muchas veces le dijo hacia dónde mirar, cómo plasmar esa realidad que está debajo de la aparente, cómo mirar más allá de esa existencia engañosa y ficticia de un pueblo costero rodeado de palmeras y modestas casitas.

El *Guama*, apodado como el personaje de un *cómic* de los años cuarenta, cumplía una condena de ciento un años y llevaba más de treinta años preso.

“Cuando el barco no llegaba a la Isla, a causa del mal tiempo o de algún otro imprevisto, nada era igual”, refiere Verónica. Un hondo malestar, una sensación punzante de abandono y desamparo se apoderaba de sus habitantes.

Judith Martínez Ortega, quien en otra época vivió en la Isla en calidad de secretaria del Director, cuenta en sus memorias: “Había días pavorosos, en que cualquier palabra, cualquier gesto brusco despertaba instintos terribles, desencadenaba odios y pasiones que ahora me parecen absurdos, pero que allá eran cuestiones palpitantes y profundas. Días vividos en un ambiente enrarecido y tormentoso. Cualquier cosa insignificante se convertía instantáneamente en cuestión personal. Nadie conservaba la ecuanimidad; cuando las gentes no podían amarse se odiaban. No había término medio”.

Algunas de las imágenes que aquí presentamos reflejan esa inquietud sorda. En todo caso, la preocupación de Verónica ha sido la de plasmar un desasosiego propio de la condición humana, pero también el aislamiento de hombres y mujeres que experimentan situaciones límites en lugares límites. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 14. Secretos*
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1998.